

FRANCISCO VILLAESPESA

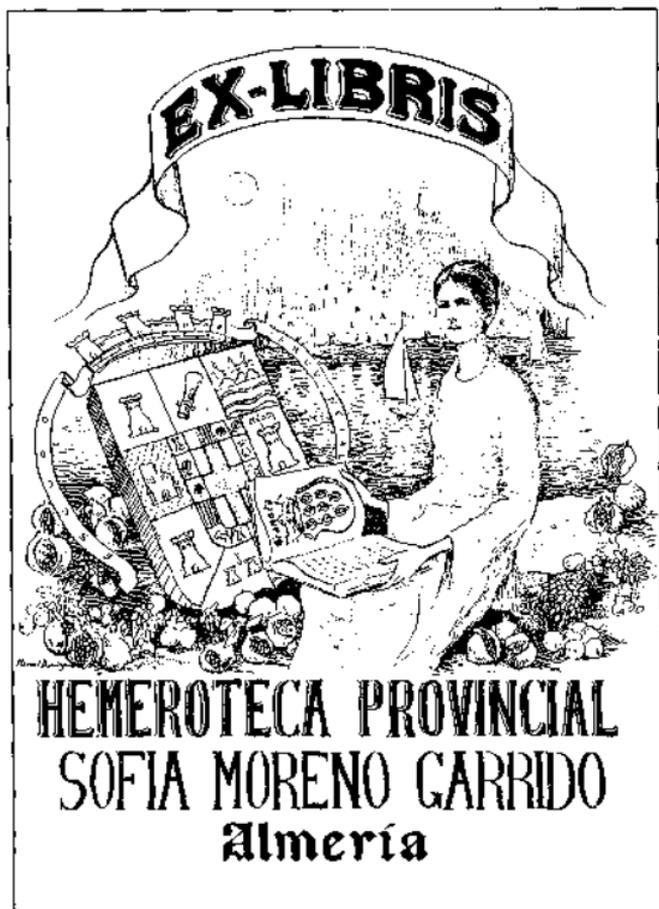
VIAJE

SENTIMENTAL

ELOGIO, de Vargas Vila.

SEGUNDA EDICIÓN : : : :
CORREGIDA Y AUMENTADA

LIBRERÍA DE G. PUEYO ==
Mesonero Romanos, 10, Madrid.



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

A Rafael Cavari
por un abono
Watermal
V. Waeyer

VIAJE SENTIMENTAL

OBRAS DE F. VILLAESPESA

POESÍA

<i>Intimidades</i>	}	agotadas.
<i>Flores de almendro</i>		
<i>Confidencias</i>		
<i>El atto de los bohemios</i>		
<i>Rapsodias</i>	2	pesetas.
<i>Canciones del camino</i>	2	»
<i>Tristitia Rerum</i> (La tristeza de las cosas).....	3	»
<i>Carmen</i>	2	»
<i>El patio de los Arrayanes</i>	3	»
<i>El Mirador de Lindaraxa</i>	3	»
<i>El libro de Job</i>	3	»
<i>El Jardín de las Quimeras</i>	3	»
<i>Las horas que pasan</i>	3	»
<i>Viaje sentimental</i> (2. ^a edición).....	3	»
<i>La copa del Rey de Thule</i> (2. ^a edición).....	3	»

PROSA

<i>Zarza florida</i> (novela griega).....	2	50
<i>La Gioconda</i> , por Gabriel D'Anunzio, obra teatral (traducción).....	3	50

EN PRENSA.

POESÍA

Saudades.
Luchas (2.^a edición).
La torre de marfil.
Rapsodias andaluzas
Bajo la lluvia.
El Balcón de Verona.
In Memoriam.
Prometeo.
Overtura.
La sombra de Beatriz.
Visiones trágicas.

PROSA

La torre de la Cautiva (novela árabe).
El libro de los Elogios (críticas).

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

FRANCISCO VILLAESPESA

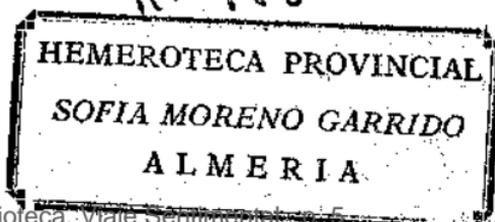
**VIAJE
SENTIMENTAL**

(POESÍAS)

SEGUNDA EDICIÓN

**LIBRERÍA DE G. PUEYO —
Mecanero Romanos, 10, Madrid.**

R. 186



ES PROPIEDAD

IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA
CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 54

ELOGIO DEL POETA

ELOGIO DEL POETA

POR

VARGAS VILA

Lo que es á la prosa, de la España actual, aquel Mago del Verbo, admirable é inimitable que es, Valle Inclán, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es Francisco Villaespesa; un espíritu significativo de la raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero no estancado y desdeñoso como en los viejos clásicos, sino movimentado, actualizado, en un vuelo atrevido para evadirse del sueño ancestral, pero impregnado siempre de un orientalismo morboso, lleno de perfumes de harem, y de las rosas penetrantes de los jardines del Generalife; pensamiento, indiferente, si no hostil á las influencias de fuera, y

siempre soñador como un joven kaid, á la sombra de un rosal; porque la Musa de Villaespesa no tiene peplum, como la de los jóvenes poetas pseudo-helenos, sino blancos velos de Sultana, que ocultan apenas á medias, los ojos tentadores de la hurfí; su poesía es revelatriz de un estado de alma soñador y plácido, con murmurios de un surtidor en un patio árabe y un meditativo claro-oscuro de ajimez.

Porque la Musa de Villaespesa es eso: oriental y clásica, con la plástica admirable de un espíritu móvil hasta lo infinito;

Villaespesa, no es un poeta orquestal y huracánico, á lo Hugo;

Su arte, aunque polifono y rico hasta la prodigalidad, lo es en colores y matices suaves, no en grandes ritmos tímbricos y asordadores: su caudal musical no es de Wagner, si no de Verdi;

El tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un mágico de la sintaxis y un evocador de la sensibilidad, que nos hace sentir por igual, la emoción artística de sus rimas y la emoción sensual de sus pasiones:

Porque es Villaespesa un emotivo exquisito é intencionado, lleno de esa devorante sinceridad que hace á los grandes artistas, mostrarse moralmente desnudos, á la sola luz ritual de su pensamiento;

No que Villaespesa sea un vesánico de esos ataques de psicopatía sexual, que nos dan en el desnudo de sus creaciones el olor y el horror de la carne en orgasmo;

No; la sensualidad de Villaespesa no viene de la expresión acre y brutal de la palabra, es una rara y exquisita voluptuosidad, que se escapa, más de la música de la estrofa que del pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada rareza;

Arcaica, más que clásica, se diría la Musa de Villaespesa, porque ella representa, como la prosa de Valle Inclán, un regreso consciente y sabio, hacia las fuentes luminosas y sonoras de la vieja poesía española, pero, no para imitarla servilmente, como los poetas ó escritores sin genio, sino para rejuvenecerla y modernizarla con los elementos líricos y los ritmos nuevos, que el andar de los tiempos ha traído como sano caudal, á la antigua métrica castellana y, de cuya alianza sutil, viénele un nuevo esplendor, y

una extraordinaria potencia de color y sonoridad;

Porque eso, y no otra cosa, ha sido el Modernismo, entre nosotros, iberos é iberos-americanos, un suave y disimulado regreso á las formas de verso de la ya olvidada métrica del siglo de oro; regreso espontáneo y por imposición de imperiosas evocaciones etnicas, en algunos, muy pocos, como en Villaespesa; inconsciente, mezclado de fiebre gálica, y con mucho de mixtificación en otros;

En el dominio de algunas de esas rimas de Villaespesa, ¿no os parece hallar mucho del preciosísimo añejo de Juan y Jorge Manrique, de Juan de Encina, ó Padilla, el Cartujano?; vagas, muy vagas reminiscencias, pero ciertas, son;

Y, en el dominio del endecasílabo, ese metro todo de gracia y armonía, metro italiano, traído á España, como una cautiva galera de Venecia, por ese caballero de la rima, que fué Andrea Novagiera, y aceptado el primero por Boscan Almogaver, ¿no halláis en Villaespesa, el apropiado manejo, la gracia y la soltura con que manejáronlo luego, aquellos grandes petrarquistas, que fueron Hurtado de Mendoza, Acuña y Cetina?

Y, en el *habitarun di quoque silvas*, el sabor de la égloga, de que habla Virgilio, ¿no lo sentís con un olor de miel, en todos los versos de Villaespesa, en que evoca el campo y, sus paisajes, con tal pureza de contornos y, tal idealismo geórgico, que recuerdan el de aquel gran guerrero, que era, sin embargo, como un pastor de Tíbulo, y que se llamó Garcilaso?

Leyendo nuestros más amanerados modernistas ¿no se os vienen á la mente muchos cantares de viejos maestros, desde Cetina á Hurtado de Mendoza, de Garcilaso y Villalobos á Juan de Mena y Santa Teresa, pasando por el *divino* Herrera, aquel que *fablabaperlas*?

Si algo más que apuntes fuesen estas líneas, de este movimiento de regreso largamente hablara yo, y de estudiarlo habría con más cuidado y precisión;

Pero, notas al vuelo son éstas, notas en que la erudición cansa y estorba, y, sólo el perfil del Poeta ha de salir apenas diseñado, de entre el tumulto de la prosa, concisa por deber, y concisa con dolor;

Fáltame el espacio, fáltame el tiempo, y, sólo algo breve, como un *point sec*, puedo hacer, de los escritores y poetas, que juzgo, y cuyas lises y cuyas rosas, me plazco en deshojar;

De Villaespesa, decía, que la ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como él la poseen, de tal modo, que se diría que una música verbal preside la armonía de las rimas y la virtud sabia del vocablo;

Los ritmos habituales que en ciertos poetas preciosistas sirven como recurso á una técnica pobre, adquieren en Villaespesa una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es la fluidez, la sobriedad, el alto sentido artístico con que los maneja;

La crítica, incomprensiva de sí, no ha querido ver en Villaespesa, el Poeta, significativo que es, como no ha querido ver la verdadera transcendencia que tiene ese grupo aislado de nuevos poetas, que son los Machado, Jiménez, Díez Canedo, Zayas y Pujol; forman una fuerza nueva y han hecho cambiar de rumbo el pensamiento poético de España, grupo excelso, que aun siendo revolucionario, permanece clásico, clásico del Siglo de Oro, del cual es un rosal en retoño;

La España, que hace diez años no tenía nada digno de atención que ofrecer al espíritu inquieto de nuestra América, tiene hoy, ese grupo de poetas, que con

el arte inimitable y la prosa única de Valle-Inclán, y, las gallardías artísticas de Manuel Bueno, marchan á la reconquista del pensamiento americano, y son dignos de ella;

Entre tanto, vayan esos libros de Villaespesa á encantar las mentes americanas con la fascinación irresistible de sus tristezas, y, el perfume de perfección que se escapa de ellas, como de un rosal oculto, en el cual cantara un pájaro la orquestación invisible de sus poemas musicales, llenos de coloración y de armonía, cerca á las zarzas en flor de los cármenes de Granada;

Allá hay un grupo de almas llenas de sensibilidad y de cultura estética, que sabrán recoger y admirar estas misteriosas canciones, que, subiendo de las profundidades aisladas del corazón de un Poeta, van á perfumar el nuevo mundo, con el olor de la vieja encina lírica, la vieja encina española, súbitamente refloreceda y poblada de jilgueros;

Que cantan la vieja canción en ritmos nuevos.

Vargas Vila

A VILLAESPESA

Tú, si que sabes arrancar del fondo
de tu doliente corazón el canto:
el canto dulce, indefinible y hondo,
que hace asomar á la pupila el llanto.

En el vaso del verso echas tus hieles,
y en él el alma atormentada pones;
y nos muestras, sin vanos oropeles,
la blanca desnudez de tus canciones.

Eres grande y sencillo. Verdadero
poeta, empuñas la sonante lira
y á cantar te adelantas... el primero.

¡Tu lira cruje de dolor, de ira!
y, al pulsarla tu mano, hasta el acero
de su cordaje ablándase... y suspira!

Julio Flórez.

OFRENDA

I

Los que vísteis salir por vuestra puerta
para siempre, en la paz del ataud,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud;

los que de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto en vuestro lecho, al ver
junto á vosotros un lugar vacío,
esperando á quien nunca ha de volver;

los que soñásteis y encontrásteis una
mujer, que por encanto ó por fortuna
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallásteis sin abrigo...
¡Venid á solas á llorar conmigo,
porque de todos es este dolor!

I—LA CANCIÓN DEL REGRESO

I

Buscando á mi dolor algún alivio
quiero volver á ti, valle natal,
y aspirar otra vez tu aliento tibio
bajo la luz del sol primaveral.

En el hondo pavor de tus barrancas
ir á beber á oculto manantial,
mientras revuelos de palomas blancas
manchan lo azul del límpido cristal.

Volver á casa cuando el sol declina
y la torre mudéjar lanza al viento
el clamor de su canto vespéral...

Y huele á rosas, y la golondrina
desata los collares de su acento
sobre el último alambre del parral.

II

Entre el clamor del vespéral concierto
llegar á casa y reposar por fin,
con el balcón de par en par abierto
á las cálidas brisas del jardín.

Y soñar, y soñar con una incierta
sombra, hasta que nos venga á despertar,
cual la mirada de una novia muerta
la misteriosa claridad lunar.

Y abrir el corazón y los sentidos
en un ingenuo arranque de inocencia
y las nocturnas brisas absorber;

y al escuchar perderse entre ladridos
los cascabeles de una diligencia,
soñar con un viaje que nunca hemos de hacer.

III

Y leer otra vez versos sinceros
en la paz de la vieja habitación,
á la dudosa luz de los mecheros
de un áureo y antiquísimo velón.

Ver la luna temblar en las ventanas,
mientras nuestra nodriza Encarnación,
sobre un mantel fragante de manzanas
nos prepara la antigua colación.

—Ama, ¿te acuerdas cuando yo era niño?
Y la vieja nos mira con cariño;
y recordando nuestras almas van

cuando en sus fuertes brazos me dormía
soñando con Jesús y con María
y los blancos corderos de San Juan.

IV

Un poco de reposo el alma anhela.
La luna baña la quietud del llano.
Sólo el ladrar de un perro nos consuela
con la esperanza del hogar cercano.

La gran serenidad del firmamento
en las aguas dormidas se retrata,
y lanzan las olivas, bajo el viento,
fosfóricos relámpagos de plata.

El ojo ciego de la vieja puente
tiende un arco de sombra sobre el río
que ni siquiera resbalar se siente...

¡Río, que de correr nunca te cansas,
igual corre por ella el llanto mío,
con la tristeza de tus aguas mansas!

V

A veces entre el verde de la vega
fulguran, á través de los rosales,
relámpagos de sol en los cristales
de la vetusta casa solariega.

Blanquea entre cipreses la fachada;
las ventanas me miran, y la puerta,
bajo el escudo familiar abierta,
parece que presiente mi llegada.

Una voz me detiene en el camino,
entre el frescor del agua que la arrulla,
bajo la sombra azul de la arboleda:

— ¡A dónde vas, iluso peregrino?
La casa con que sueñas ya no es tuya!
¡Ya ni un rincón donde morir te queda!

VI

Otra vez en tu tierra, ¡peregrino!
Cada piedra un recuerdo me despierta.
Cruzaba de mi brazo aquel camino,
y la besé al pasar junto á esa puerta.

Tras aquellas ventanas, sonreía
al mirarme llegar. Bajo esta parra
como Dafnis á Cloe, un medio día
sorprendí entre su seno una cigarra.

Su aliento ha respirado estos aromas;
de su imagen fué espejo esta fontana;
y esas blancas parejas de palomas

que van buscando el palomar cercano,
iban al despertar á su ventana
á recoger el trigo de su mano.

VII

¡Oh, morisco Andarax, donde he nacido,
sé buena madre para mi amargura;
y al hijo que se fué y torna herido,
perdona, y todas sus heridas cura!

Entre aromas de rosas y alelíes
partí de tu ribera una mañana,
ágil y fuerte como tus monfles,
á conquistar la Thule más lejana.

En la quietud de tus remansos, viste
nuestros rostros unidos... Vuelvo triste,
herido el cuerpo y con el alma inerte,

sin ella! y paz á tus riberas pido...
Si es posible olvidar, dame el olvido,
y si no he de olvidar, dame la muerte!

VIII

Una flauta suspira en la distancia...
Joven pastor que tañes, yo daría
las rosas y el laurel de mi poesía
por la felicidad de tu ignorancia.

No tienes más amor que tu ganado
y la cabaña y el mastín, é ignoras
esas tristezas que en la flauta lloras,
y que contigo hacen llorar al prado.

Mientras lento el rebaño va paciendo,
al pie de ese nogal sigue tañendo,
que de tu flauta la melancolía

los ecos tristes del pinar despierta,
como los ayes de la pena mía
cuando suspiro por la amada muerta.

IX

Ascender por las ásperas pendientes,
restos de milenarios cataclismos,
sintiendo el rebotar de los torrentes
y la fascinación de los abismos.

Algún cordero extraviado bala,
sin atreverse á andar por la vereda,
donde si torpe nuestro pie resbala
ni polvo, acaso, de nosotros queda.

Una charla negrea en un espino.
Se oyen ladrar los perros del molino
que, rasgando las nieblas matutinas,

se refleja en el fondo de un barranco...
Yo, ante la Muerte, pienso en las divinas
pupilas negras de su rostro blanco.

II—LA CANCIÓN DEL RECUERDO.

I

Igual que en un sepulcro me he encerrado
en tu eterno recuerdo, y en él vivo,
la frente entre las manos, pensativo,
evocando las glorias del pasado.

¿Será posible que un amor tan fuerte
se haya para mi amor desvanecido?
El amor es más fuerte que la Muerte
y la Muerte más fuerte, el Olvido.

Largas horas de espera... Eternidades
que llenan de ansiedad mis soledades...
Sólo y soñando con tu amor me tienes;

sólo y soñando con tu vuelta muero...
Si nunca has de venir, ¿por qué te espero?
y si te espero aún, ¿por qué no vienes?

II

El alba iluminó la vidriera,
y á su luz angustiosa y azulada,
yerto sobre el blancor de la almohada
se destacaba su perfil de cera.

Abrió los ojos, y la vida entera
palpitó en la inquietud de su mirada
y en mis manos su frágil mano helada
temblaba como un ave prisionera.

Balbuceó su voz:—¡Te adoro tanto!..
Pídele al cielo que mañana viva!—
Y mis venas heláronse de espanto

al contemplar sobre su faz inerte,
como el vuelo de un ave fugitiva,
aletear las sombras de la Muerte.

III

Y su voz se esparció como un aroma
de postración:—Cuando mañana muera,
córtame de raíz la cabellera...
¡no quiero que la tierra se la coma!

Y como último dón de mis cuidados,
para que cuide de tu pobre vida,
colócala en la mano bendecida
de la Virgen de los Desamparados...

¡Yo no quiero morir, Señor, no quiero!
¿Qué va á ser de mi amor si yo me muero?—
Clamó de pronto pálida y sombría,

y se abrazó á mi cuello sollozando...
¡y en su trémulo acento se sentía
que hasta la voz estaba agonizando!

IV

Ante la Virgen que adorabas tanto,
rezaba con tan ciega idolatría
que entre mis labios la oración moría
estrangulada por mi propio llanto.

La imágen, impasible á mi quebranto,
con sus labios pintados sonreía
á un Niño que en los brazos sostenía
medio oculto en los pliegues de su manto.

— ¡Mi vida en cambio de la suya! — dije.
Ciego de pena y de terror, maldije;
y al salir de la brusea pesadilla,

vi en la faz de la imágen, con espanto,
algunas gotas trémulas de llanto
rodar sobre el carmín de sus mejillas.

V

La gente de la casa sollozaba
detrás de la empañada vidriera,
y un acre olor á derretida cera
en el fúnebre ambiente se aspiraba.

El carpintero, impávido, clavaba
aquella negra caja de madera,
y cada golpe del martillo era
puñal que el corazón me traspasaba.

— ¡Señor, Señor! ¿Por qué me la has quitado?—
al pie de un Crucifijo, arrodillado
y dando suelta á mi dolor, clamaba...

Y hasta el Cristo impasible, parecía
que mi futura soledad sentía
y de dolor sobre la cruz lloraba.

VI

— ¡Eres tú el Justo que á los justos premia?—
clamó mi labio, y de dolor maldijo,
y ante la sorda voz de mi blasfemia
palideció la faz del Crucifijo.

Cegó mis ojos un raudal de llanto...
Quise luchar aún contra la suerte,
y sentí entre mis brazos, con espanto,
crugir el esqueleto de la Muerte.

— ¡Nadie la toque! — dije. Y abrazado,
como un loco, á su cuerpo inanimado
intenté con mis besos darle vida.

¡Despierta, — le grité, — mi amor — despierta!
Y era mi voz tan honda y dolorida
que vi llorar los ojos de la muerta.

VII

Al cortar sus cabellos, agitados
por el rudo estertor de la agonía,
por el amor mis ojos engañados
aún creyeron notar que sonreía.

Sobre su corazón puse el oído,
y juro que sentí, cual si quisiera,
de mí inmenso dolor compadecido,
palpitar otra vez, y no pudiera.

Cuando pasó aquel vértigo de espanto
en el lecho me hallé. Surcaba el llanto
en copioso raudal mi rostro inerte.

Contra el pecho apretaba sus cabellos,
temiendo que la mano de la Muerte
también quisiera apoderarse de ellos.

VIII

Yo te he deshecho ¡oh, muerta cabellera,
para que recatases, destrenzada,
el pudor de una virgen desposada
que desnuda se vió por vez primera!

La ágil caricia de tus sedas era
como una primavera perfumada.
Serviste á mis ensueños de almohada,
y serás mi sudario cuando muera.

Sueltos tus rizados en el aire ondean;
mis manos, tímidas, por ellos vagan
sin sus hilos rozar, llenas de miedos,

pues teme mi ilusión que acaso sean
telarañas de sol, y se deshagan
al menor movimiento de mis dedos.

IX

Aquí el sillón donde bordar solía
de las noches de invierno en la velada...
La frente entre las manos apoyada ,
yo, á la luz de la lámpara , leía.

Cansado la lectura interrumpía ,
y, sonriendo, alzaba la mirada...
Ella, á veces, mirándome extasiada
— la aguja entre los dedos — sonreía.

Ahora también parece que la espera
el vacío sillón, allá en la sombra.
La lectura interrumpo... El alma entera

palpita de avidez en mis oídos,
esperando sentir sobre la alfombra
el ligero rumor de sus vestidos.

X

En la penumbra se destaca el lecho
donde la luz solar le sorprendía,
apoyada la sien sobre mi pecho
y dormida su mano entre la mía.

Brillan las trenzas largas y castañas...
Vela sus formas el ropaje blanco...
Duermen los ojos bajo sus pestañas,
y descansa su mano sobre el flanco...—

« — Duermes y sueñas conmigo... No estás muerta...
Ya la alondra cantó... Mi amor, despierta!
Alza tu frente sobre la almohada! — »

Ahoga el silencio el ansia de mi ruego...
Y palpo entre las sombras como un ciego
que abre los ojos y no mira nada.

XI

Visión que cruzas por mis sueños, dime:
¿qué profundas tristezas te devoran?
¿Por qué tus ojos, si me miran, lloran?
¿por qué tu labio, si me nombra, gime?

Sólo tus manos pálidas é inciertas
las antiguas ternuras conservaron,
y cual vivas, ayer, me acariciaron,
vienen ahora á acariciarme muertas.

Descorren las cortinas de mi lecho;
penetran, sin dolor, hasta mi pecho,
á acariciar mi corazón herido...

Su caricia es tan tímida y suave,
cual si viniesen á curar un ave
que herida llega á desangrarse al nido.

XII

¿Qué encanto tiene esa lejana estrella,
qué mágico poder en ella existe,
cuando tan pronto de mi amor partiste
sin dejar el recuerdo de una huella?

La vieja casa, tan alegre y bella,
desde que tú con su alegría huiste,
está tan muda, desolada y triste,
que da espanto y terror entrar en ella.

¿Por qué, por qué nos has abandonado?
El fuego del hogar está apagado;
las ventanas cerradas, y si alguna

mano las abre, hasta la luz parece,
que, llorando el rigor de mi fortuna,
al entrar en la casa se entristece.

XIII

Todas las noches á la cita vienes
no sé de dónde, lívido el semblante,
los cabellos pegados á las sienes,
cual los cabellos de una agonizante.

Descorres las cortinas, y te paras
en el dintel, inmóvil, silenciosa,
llena de tierra, como si acabaras
de alzarle de las piedras de tu fosa.

Ni á respirar ante tu faz me atrevo,
y en tan profundos éxtasis me sumo
que ni siquiera las pestañas muevo.

Mi ilusión se conforma con mirarte,
temiendo que tal vez serás de humo
y pudiera mi aliento disiparte.

III—LAS ELEGÍAS DE LA CASA.

I

¡Oh vieja estancia familiar, tan triste,
recordando tal vez en tu interior
aquel pálido rostro que ayer viste
entre mis brazos expirar de amor!

Espejo donde ella en la mañana
se peinaba, temblando de emoción,
escuchando la voz de la campana
llamar á misa con alegre son.

Siempre que el campanario toca á misa
¿no sueñas con su mística sonrisa?
¿No crujes de dolor al recordar

el rostro blanco, bajo la mantilla
negra, la fugitiva maravilla
que nunca volverás á reflejar?

II

Horas de soledad. Por la ventana
sube el aliento del jardín. Suspira
una copla tristísima y lejana...
Su faz la luna en los espejos mira.

Hasta el ramo de rosas que en la mesa
en vieja porcelana desfallece,
al soplo de la brisa que le besa
querer hablarme de su amor parece.

Mis ojos no la ven, pero la siento
vagar en torno mío, en el aliento
que sube del jardín por la ventana;

y me parece ver en el espejo
la lunar claridad, como el reflejo
de alguna sombra de su sombra hermana.

III

Siento un leve rumor sobre la alfombra
que acarició su pie, y en el sofá
donde soñó conmigo, ahora su sombra
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras todos duermen en la casa
y sólo el tiempo late en el reló,
ella la historia de mi amor repasa
y llorando á sus piés la escucho yo...

—¿No te acuerdas?—suspira á mi deseo...
Y abro los ojos, pero no la veo...
Vibra una campanada en el reló...

Y estremecen la paz de la calleja
los ecos tristes de una copla vieja
llorando á alguna novia que murió.

IV

Me apoyo en el alféizar, sollozante,
llorando con la copla que se aleja,
y me parece ver su sombra errante
perdersé con la luna en la calleja.

Y el rumor de la fuente me estremece...
Alguien la luz de mi velón apaga,
y hasta el aliento del jardín parece
su aliento, que de nuevo me embriaga.

—En dónde estás ¿en dónde?—digo al viento.
—¡Aquí! responde, con su mismo acento
mi labio, tembloroso de emoción...

Y un espanto de muerte me sofoca
al sentir que su voz sube á mi boca
del fondo de mi propio corazón!

V

En la quietud de la calleja oscura
bajo un cielo de esmalte azul y plata,
se perdió la doliente serenata
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había
un lírico y fugaz deshojamiento:
ecos de coplas deshojaba el viento
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero
de su reja, al oír en la desierta
calleja los sollozos de un cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero
que al destápar el rostro de una muerta,
tiró la azada y comenzó á llorar!

VI

¡Oh, muda obscuridad de mi aposento,
único amor del alma desolada,
porque en tu negra soledad presiento
las sombras y el silencio de la Nada!

Como ella en el sepulcro, inmóvil, yerto,
ya ni latir el corazón percibo...
Mi espíritu, mi carne, todo ha muerto...
Sólo el recuerdo permanece vivo!

Acaba, di, bajo la tierra fría
del alma prisionera la agonía
y el cuerpo herido deja de sufrir...?

¿Será como la sombra en que me pierdo
nuestra muerte? ¡Vivir para el recuerdo
y para todo lo demás morir!

VII

Al despertar sobre este mismo lecho,
donde con la flotante cabellera
cubrió la blanca castidad del pecho,
cuando desnuda, por la vez primera,

se halló, por mi mirada sorprendida,
siento los ojos húmedos de llanto,
cual si todo el encanto de la vida
se hubiese disipado con su encanto.

¿Quién calmará la fiebre que me abrasa
los labios, al nombrarla? Todo duerme
en la paz silenciosa de la casa.

La luz del alba resplandece apenas,
cual si temiera penetrar, y verme
llorando siempre por las mismas penas.

VIII

¡Todo se halla lo mismo! La almohada
donde inclinó la moribunda frente;
allá, en el fondo de la alcoba, siente
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada
que reflejó su palidez doliente,
mañana ha de copiar, indiferente,
de alguna nueva amante la llegada.

¡Nadie se acuerda de la pobre muerta!
Sólo cuando la luz solar expira
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano
parece que, nostálgico, suspira
buscando las caricias de su mano.

IX

La hora nocturna tu perfume siente.
Me hablan los astros de tus ojos bellos,
y aún me parece que calladamente
tus dedos acarician mis cabellos.

Apagando en la alfombra tus pisadas
llegas, Arcángel de mi Guarda, al lecho,
y separas mis manos enlazadas
sobre la angustia que me oprime el pecho.

Y siempre miro con melancolía,
cómo tu imagen va borrando el día
alboreante en el balcón abierto.

En un frescor de azul te has extinguido,
y aún suspira tu voz:—Todo ha concluído...
¡Tú eres para el amor igual que un muerto!—

IV.— ELEGÍAS CAMPESTRES

I

Mano que me ofreció la Eucaristía
de un santo amor, fragante mano que era
como la mano de la Primavera:
todo cuanto tocaba florecía...

Sueña con tu calor mi helada mano,
la tórtola te arrulla en los viñedos,
y aún conservan las huellas de tus dedos
las teclas polvorosas del piano.

La paloma que tanto acariciaste,
desde que sólo y triste la dejaste
saudosa de tus sedas se moría....

—Ve á buscarla!—le dije... Tendió el vuelo...
¡Y la paloma se perdió en el cielo,
cual la paloma de la Eucaristía!

II

Penetro en el jardín abandonado,
y sobre el banco aquel viejo y musgoso
donde ella tantas veces á mi lado
se sentó, busco un poco de reposo.

Me envuelve una fragancia de jazmines,
y me entristece el agua de la fuente,
como si el corazón de los jardines
llorase en ella á nuestra amada ausente.

En esta misma hora, á sorprenderme
venía por la senda silenciosa,
y entre las rosas se asomaba á verme.

Y su sonrisa cariñosa y franca
se abría en su faz, como pequeña rosa
de fuego en medio de otra rosa blanca.

III

Aquí fuimos felices. Aquí he oído
la voz de Dios que por su voz me hablaba,
en el silencio del jardín florido
mientras el claro cielo se estrellaba.

Aquí fuimos felices. Este banco
sintió temblar sus brazos á mi cuello,
y al palor de la luna era más blanco
su rostro, entre el negror de su cabello.

Colmada está la copa de mi pena,
y se va á desbordar en la gran calma
azul y plata de la luna llena.

Algo le dice al corazón que espere,
y en el hondo silencio escucha el alma
la eterna voz de lo que nunca muere.

IV

El palpar sonoro de la fuente
— corazón del jardín — me estremecía,
recordando la mano de la ausente
que á refrescarse en su cristal venía.

Los peces están tristes. No fascina
el purpúreo fulgor de sus escamas,
ni entre el verdor algal de la piscina
libran batallas de movibles llamas.

Fueron perdiendo su color... En vano
sueñan con las migajas de su mano...
Esta tarde hallé dos, flotando yertos

sobre el verdín del agua sosegada,
y en los cristales de sus ojos muertos
vi su divina imagen reflejada.

V

Al vetusto molino sombra presta
vieja vid de racimos de amatista.
Entre el vivo verdor de la floresta
su blancura de cal ciega la vista.

Cuando el calor abrasa la garganta
del segador, curvado en los trigales,
y se asfixia la voz y solo canta
— bajo el sol — la cigarra en los parrales,

buscando su frescor llevo al molino,
y sentado á la sombra de su puerta
me pongo á contemplar aquel camino

cubierto de floridas zarzamoras,
donde una tarde nuestra novia muerta
se hirió los dedos al coger las moras.

VI

El blanco polvoriento del camino
bajo el espeso robledal se pierde,
buscando la blancura del molino
medio velada entre el ramaje verde.

Desnudo el brazo lava en la frescura
de los cubos, la rubia molinera,
mientras con ritmos de cristal murmura
una fresca canción de Primavera.

Al sentirme pasar se queda muda.
Con unas *buenas tardes* me saluda
en una voz que apenas si se siente,

mientras alguna lágrima callada
resbala por su faz enharinada
y se va, con la espuma, en la corriente.

VII

Entre rumor de besos y de risas
van las doncellas á lavarse al río
bajo la luna de San Juan. Las brisas
dan ensueños de aromas al vacío

hogar sin risas, donde vivo muero,
intentando anudar los rotos lazos,
y tendidos los brazos, aún espero
á la que nunca volverá á mis brazos!

Doncellas que á lavaros váis al río
¡tened piedad de mi dolor sombrío,
y callad al pasar bajo mis rejas!

No aumente mi penar vuestra alegría...
No hay miel en el panal de mi poesía...
¡se murieron con élla mis abejas!

VIII

En el Oriente ya reina la noche.
Suben cohetes con sonoros vuelos,
y cual flores de luz abren su broche
en el azul profundo de los cielos.

Hay en el aire estruendos de campanas.
Lanza una banda su vibrante son,
y se iluminan todas las ventanas
al paso de la santa Procesión.

Llaman roncadas las voces femeninas
á la Virgen que pasa bajo flores...
Sólo sin luces vése mi balcón,

y en sus hierros dos negras golondrinas
se dicen, gorjeando, sus amores...
¡Y se muere de envidia el corazón!

IX

Un alegre rumor de romería
invade el Adro de la Ermita. Llena
la tarde el campanario de alegría.
Huele el aire á albahaca y á verbena.

Va á entrar la Procesión. Solo, perdido
entre gentes de bien, alborozadas,
miro subir—bajo un pálio florido—
la Virgen en sus andas plateadas.

Hay ojos negros húmedos de llanto.
Tiemblan luces de cirio; las casullas
lanzan vivos relámpagos de oro.

Yo pienso en un lejano camposanto;
siento saudades de caricias tuyas;
doblo la frente, me arrodillo y lloro.

X

La matraca en lo alto de la torre,
con un redoble de tambor, golpea,
mientras la lenta Procesión recorre
las soleadas calles de la aldea.

Va delante, la túnica morada
y el madero en el hombro, el Nazareno,
y le sigue su Madre, acongojada,
por siete espadas traspasado el seno.

Silente Procesión del Jueves Santo...
Sólo un rumor de pasos... De repente
como una oculta pena rota en llanto

solloza una saeta fugitiva...
Solo, camino en medio de la gente,
soñando siempre con mi muerta viva.

XI

Todos se fueron á la Nochebuena
entre rumor de alegres villancicos.
Solo quedé en la casa con mi pena.
La luna daba á los nevados picos

traslucidades de cristal. Había
paz en los campos y la aldea lejana
parecía dormir. Sólo se oía
el constante clamor de la campana.

Cerré las puertas del balcón. Temblando
al fuego me acerqué, y con los ojos
clavados en las áscuas fui evocando

recuerdos de otras horas más tranquilas,
creyendo ver en los carbones rojos
crepitar el ardor de sus pupilas.

XII

Quiero morir, besando tu recuerdo,
aunque él me mate al enconar mi herida.
¡Si en tu memoria al expirar me pierdo,
será tan bello abandonar la vida!

Eres un culto. En mi vagar incierto
dentro del corazón vas escondida...
¡Qué importa que tu cuerpo duerma muerto
si tu alma en mi alma es toda vida!

Te has metido en mis venas, y te siento
palpitar con mi sangre, de tal modo
que sólo vivo á expensas de tu aliento;

tú fuiste para mí, luz y alegría,
y ahora para mi amor aún lo eres todo,
porque mi amor te dió cuanto tenía!

XIII

Entre las pompas del jardín florido
se destacaba su perfil escuálido,
la gris austeridad de su vestido
y la tristeza de su rostro pálido...

Con sus ojos de física, y su eterno
gesto de mártir que el suplicio espera,
pasaba por aquella Primavera
como un presentimiento del Invierno.

Las rosas de repente se secaron;
los ruiseñores del jardín callaron...
Temblor de cuerpo que á la muerte cede

entre mis brazos le agitó... Y había
aún en su rostro la melancolía
del que va á sonreír y ya no puede.

XIV .

En la serenidad de esta tristeza
que ni consuelo ni piedad concibe,
á veces una voz musita:—Reza...
El cuerpo ha muerto, pero el alma vive.—

Y yo escucho la voz, y sigo triste
recordando este amor hasta que muera...
Otro consuelo á mi dolor no existe,
ni otro quiero tampoco aunque existiera!

Recordarla, de nuevo recordarla,
que recordarla es otra vez amarla,
con un amor tan hondo, puro y fuerte

como el alma sentir nunca podrá...
—más grande que la vida y que la muerte—
¡con un amor sin esperanza ya!

XV

Al mirarme pasar tan solo y triste
á estas gentes inspiro compasión...
¡Aún la piedad en esta tierra existe
y aún tienen estos pobres corazón!

Estas viejas criadas que me adoran...
—¡Valor!—tan sólo saben pronunciar,
y casi todas al hablarme lloran
sólo porque me ven á mí llorar.

Hasta el viejo lebrel entra callado.
Sobre sus finas patas apoyado
se pone mi faz pálida á mirar

con tan fija ansiedad, que me parece
que el iris de sus ojos se humedece
cual si quisiera mi dolor llorar.

XVI

La lámpara parece que está triste.
El mismo fuego que ahuyentó tu frío
calienta á todos cuantos tú quisiste...
Tan sólo tu sillón está vacío.

La niña viste su muñeca. Siente
el mismo afán materno que sentías
cuando en tu falda á ella, sonriente,
con tus frágiles manos la vestías.

Nos hace sonreír tanta ternura.
—¡Si su madre la viese!—alguien murmura.
Un sollozo de llanto nos sofoca...

y la niña contempla con espanto
nuestras pupilas húmedas de llanto
mientras tiemblan las risas en su boca.

XVII

¡Campanero del pueblo, campanero,
no me despiertes más, tocando á misa!
¡Deja que duerma, que durmiendo espero,
seguir soñando con mi pobre Elisa!

Á mi lado, tan cerca la veía,
antes que tu tocar me despertara,
que en mis mejillas resbalar sentía
el tibio terciopelo de su cara.

¡Campanero del pueblo, campanero!
Despierto, y solo, de terror me muero
en esta habitación que oyó su risa.

¡Sólo en sueños la ve mi vida enferma!...
¡No me despiertes más, deja que duerma
soñando para siempre con mi Elisa!

V—LAS VISIONES

I

En la alta torre del dolor cautivo
amarrado al recuerdo con cadenas,
como la sombra de Ugolino, vivo
devorando á los hijos de mis penas.

¡Si tu mano descorre los cerrojos
y á mi negra prisión llegas á verme,
al mirarme en el fondo de tus ojos
ni yo mismo podré reconocermel

A veces por mis sueños áurea avanza
la fugaz ilusión de la esperanza,
mas siempre melancólico despierto

y me hallo, solo, en mi prisión cautivo,
muerto para la vida, y solo vivo
para sentirme cada vez más muerto.

II

En las horas de sentimentalismo,
cuando las manos torpes buscan algo
que acariciar, como un minero salgo
del hondo subterráneo de mí mismo.

Ciega la luz mi vista dolorida
de indagar los secretos de la sombra,
y hasta la voz amiga que me nombra
me parece una voz desconocida.

Tras los turbios cristales de mi llanto
perdió la vida su celeste encanto...
Todo cuanto me cerca me da enojos,

pues para mí, la dicha y la belleza,
no estaban en tu amor, Naturaleza,
sino en el fondo de sus negros ojos!

III

Pasó por mis ensueños como pasa
por un labio de enferma una sonrisa.
Dejó un rumor de sedas en la casa
y un perfume de rosas en la brisa.

Llegó á mi cruz y de mi herida frente
fué arrancando, una á una, las espinas,
y se perdió en el cielo suavemente
como aquellas divinas golondrinas.

En mí mismo la busco con empeño,
soñando en nuestra casa abandonada...
¿Fué realidad ó todo ha sido un sueño?

pregunto suspirando al despertar...
Y hace tres años que pregunto... Y nada...
¡Ninguno me ha sabido contestar!

IV

El índice en el labio, tan ligera
como en un sueño, de mi hogar se fué,
sin voz diciendo á mi inquietud—«Espera...
No me llames que pronto volveré—».

Y hace tres años que la espero en vano.
Tengo los ojos ciegos de llorar...
La piedad infinita de su mano
no ha vuelto mi mejilla á acariciar.

Al más tenue rumor, al leve ruido
de un viejo cortinaje estremecido,
mi corazón se pára de repente...

Sueño que entrar de nuevo la veré,
el índice en el labio sonriente,
silenciosa, lo mismo que se fué.

V

Al sentirme tan solo en el seguro
refugio de mi alcoba, sin asombro
miro pasar, con la guadaña al hombro,
la sombra de la muerte sobre el muro.

Santos recuerdos de la amada ausente
pueblan las soledades de mi casa.
No la miran los ojos cuando pasa,
pero mi triste corazón la siente.

Y al borrarse el recuerdo todo cesa.
No late el corazón; la sombra pesa...
Celeste luz que en mi interior percibo,

vago perfume que en el alma advierto
¡queréis quizás resucitar un muerto,
porque yo no soy más que un muerto vivo!

VI

Alguien le dijo al corazón — ¡Despierta!
En el viejo reló tiembla la hora,
y ya cansada de esperarte llora
la blanca sombra de la amada muerta.

Á tu oído, su voz débil é incierta
que abras los ojos al recuerdo implora,
antes que su primer llanto la aurora
sobre la tierra adormecida vierta.

Aún te espera su amor ¡La blanca mano
que alisó tu revuelta cabellera
te brinda aromas de un abril lejano...

¡Abre los ojos á ese amor risueño!—
¡Oh, Sol! maldito sol de Primavera
¿por qué disipas tan divino ensueño?

VII

Sobre un mar de recuerdos se levanta.
Entre las claridades de la veste
surge su rostro, como el de una santa,
nimbado de una luz ultra-celeste.

Silenciosa se acerca hasta mi lecho,
clavando en mis insomnios sus miradas,
y con la mano me señala el pecho
atravesado por las siete espadas.

No sé lo que me dice. Se diría
que es Dios el que me habla... Y euando el día
mi realidad despierta, me apercibo

que está húmeda de llanto la almohada...
¿Fuí yo llorando por la muerta amada
ó ella llorando por su amado vivo?

VIII

Algo le dijo al corazón... < — Espera.
La que en tus brazos sucumbió de amores
volverá á sonreírte, entre las flores
de una lejana y dulce primavera.

Bajo la luz de otra remota esfera,
de un sol desconocido á los fulgores,
disiparán de nuevo tus dolores
los besos de tu amante compañera. — >

La volveré á encontrar en otra vida,
y cruzaremos en las noches bellas
unidos de la mano, la avenida

poblada de jazmines y de rosas,
viendo relampaguear á las estrellas
á través de las ramas rumorosas.

IX

—¡Va á llegar!—insistente lo asegura
el eco de un misterio á mis oídos;
y—¡Va á llegar!—mi corazón murmura
suspendiendo de gozo sus latidos.

Abro los ojos, pero nada veo;
en las tinieblas ni un rumor percibo...
¡Siglos de expectación y de deseo
en este instante de silencio vivo!

Descorre las cortinas de la sombra
una mano de luz... Alguien me nombra...
Claridades su túnica destella...

Aire de eternidad mi aliento aspira,
y sonriendo tímida me mira
con los ojos profundos de Ligeia.

X

En todos los crepúsculos te veo
arder entre lo verde de las ramas,
como una roja imagen del deseo
envuelta en una túnica de llamas.

Te da el alba su rósea vestidura;
y en los mares fragantes y sonoros
el meridiano vela tu figura
con la imperial fulgencia de sus oros.

Y en las noches serenas, sostenida
entre coros de vírgenes y santas,
en el cielo apareces como una

Purísima, de azul toda vestida,
coronada de estrellas, y á tus plantas,
refulgente de luz, la media luna.

XI

La vida para mí perdió su encanto.
Fué un eterno Calvario mi jornada,
y es que mis ojos han llorado tanto
que ya no puede interesarles nada.

Retorno á mis oscuras soledades.
Bajo el claro fulgor de las estrellas
crucé con mi inquietud tantas ciudades
que no conservo ni memoria de ellas.

Á todo afecto humano indiferente
camino á solas entre tanta gente,
y en el arcano porvenir me pierdo...

¿Á qué luchar cuando el amor no existe?
¡Ya que morir con ella no supiste,
anda á enterrarte vivo en su recuerdo!

VI—POR TIERRAS DE SOL Y DE SANGRE

I

Buscando en la inquietud de los viajes
consuelo á este dolor que me domina,
crucé ciudades y admiré paisajes
en un vuelo fugaz de golondrina.

Y sus ojos oscuros y febriles
siempre á mi lado, contemplaron fieles
mis nostalgias en los ferrocarriles
y mis noches de insomnio en los hoteles.

Siempre en mis ojos con amor clavados,
me hablaban de otros mundos ignorados,
dando á las cosas su melancolía...

La tierra fué como una tumba abierta
y ¡cómo no! si el alma la veía
á través de los ojos de una muerta.

II

En férreas contracciones de serpiente
ondula el tren por la campiña verde;
cruza en nervioso trepidar un puente
y en la sombra de un gran túnel se pierde.

Surge á la gloria de la luz dorada
de la tarde, silbando, entre el ramaje,
y de nuevo se alegra la mirada
con la fresca belleza del paisaje.

En un bosque fragante de naranja
chispean los cristales de una granja
cuyo blancor refléjase en la ría...

Se pierde nuestro sueño en la floresta...
—Ella, y una casita como ésta...
¡Bien poco era, Señor, lo que pedí!

III

Frescura matutina del paisaje...
Verdoses temblorosos de rocío...
Á veces bajo el túnel del ramaje
brilla al sol la serpiente azul del río.

Hay olor de vendimia en los parrales.
Un silencio de paz duerme en la aldea...
Sólo algún perro ladra en los umbrales
del viejo hogar madrugador que humea.

En la azul palidez de la mañana
cerrada para siempre la ventana
de las nocturnas citas... ¡Con sus hojas

dosel la enredadera le tejía,
y su pálido rostro sonreía
entre un temblor de campanillas rojas!

IV

Mientras la fuente su canción moruna
desgrana, y el azul su luz destella
sobre el jardín, un rayo de la luna
la sombra dibujó de Aben-Humeya.

Entre el astral fulgor de la armadura
flotaban sobre su perfil estoico,
harapos de la regia vestidura
como jirones de su sueño heroico.

—¡Héroe!—le dije—Nuestro afán fué vano.
Vino la muerte, cuando ya tendida
á coger el laurel iba la mano.

Igual estrella nos brindó la suerte,
pues si un amor te arrebató la vida
también á mí otro amor me da la muerte.

V

El alba ciñe las primeras rosas
sobre el espejo de la mar bruñido,
y agranda las pupilas ojerasas
la expectación de lo desconocido.

El Sol disipa el matinal celaje,
y los brazos se tienden doloridos
ansiosos de acabar nuestro viaje
entre otros brazos, al amor tendidos.

¡Zarpemos otra vez! En la borrosa
tarde, se esfuma hasta el lejano monte...
La playa se va á hundir... Ahora ¡quién sabe

en qué isla desierta y fabulosa,
sus ojos sondearán el horizonte
esperando el arribo de mi navel

VI

ALMERÍA

En el espejo de tu mar tranquila
la mole secular de la Alcazaba,
como en el fondo azul de una pupila
su morisca silueta recortaba.

En el áureo fluir del Mediodía,
reclinada en mi seno su cabeza,
hinchaba el pecho y la pupila abría
para aspirar tu cálida belleza.

Y había besos y cánticos y risas
en su boca, en mi boca y en tus brisas...
Pasó el ensueño de la Juventud...

Y, enlutado y sin fe, surco tus olas
en negra barca, con mi pena á solas,
igual que un muerto sobre un ataúd.

VII

GRANADA

Bajo el sopor canicular se enerva
la calle tortuosa de misterio,
donde amarilla y flácida la hierba
erece como en un viejo cementerio.

El sol ciega... Las puertas entornadas
esperan algo que vendrá seguro,
ahogando en el silencio sus pisadas
y arrastrando su sombra sobre el muro.

La obscuridad de pobres interiores
acuchillan de luz los resplandores
de familiares cobres, y en el fondo

la vaga y verde claridad del huerto...
Reina un silencio tan pesado y hondo
como si todo se encontrase muerto.

VIII

EL ALBAICÍN

Con pereza oriental en la colina
dormita ebrio de sol el Albaicín.
Torcida higuera su ramaje inclina
entre rojos tapiales de un jardín.

Una acritud de fruta ya madura
y podrida, trasciende del vergel,
mientras el fuego de la calentura
va esculpiendo las venas en la piel.

El arco de una arábica cisterna
nos brinda el eco de su agua interna
que nunca doró el sol, y la frescura

de su sombra antiquísima... Y advierte
la carne en su pesada calentura
la fiebre de la Vida y de la Muerte.

IX

GENERALIFE

En las aristas de las altas cumbres
la última brasa de la tarde humea.
Un silencio de paz duerme en la aldea
que eleva entre los huertos sus techumbres.

Y al corazón aquieta una saudade
de beatitud, mientras la sombra oscura
con su mudo oleaje de pavora
la soledad de mi aposento invade.

Entre un fresco perfume de jazmines,
—surtidor de cristal— se eleva una
voz, que es como la voz de los jardines,

donde la luna su fulgor destella...
Y el ruiseñor y el rayo de la luna
me hicieron sollozar pensando en Ella!

X

CÓRDOBA

En el sopor canicular dormita
el alma con sus épicas quimeras,
bajo los arcos de la gran Mezquita
como en un viejo bosque de palmeras.

De pronto el fasto antiguo resucita
con pompas de orientales primaveras.
Resplandecen los muros, y palpita
el aire en un desfile de banderas.

Fulge bajo las níveas vestiduras
el oro de las finas armaduras...
Abro los ojos, pálido, y contemplo

la faz de un viejo Cristo ensangrentado
—símbolo de mi vida—abandonado
en la medrosa obscuridad del templo.

XI

Abajo la ciudad dormida queda...
Sobre el silencio de las calles solas
flota, cual plateada polvareda,
la neblinosa luz de sus farolas.

Sólo de vez en cuando la armonía
de la nocturna beatitud profana,
el alerta lejano del vigía
ó el sonoro temblor de la campana.

—¿Adónde vamos, alma? Allá en la cumbre
desmesurada cual tu propio anhelo
encontrarás la misma incertidumbre...

Es la hora santa de soñar... Detente...
Las estrellas te miran desde el Cielo
con las mismas miradas de la Ausente...

XII

MULEY-HACEM

Hice de tanto orgullo una armadura
y calada hasta el fondo la visera
crucé la tierra infatigable y dura
para que nadie sollozar me viera.

Entre la plebe de mi gloria esclava
pasó triunfal mi juventud altiva,
mientras sangrando el corazón, llevaba
todo el cuerpo y el alma en carne viva.

En el altar de su recuerdo inmolo
las armas que me hicieron invencible;
y siento la orgullosa pesadumbre

y el soberbio dolor de quedar solo
con un sueño de amores imposible
sobre el silencio helado de la cumbre.

XIII

TOLEDO

Vieja ciudad de hierro, por tu cielo
de refulgentes brillos de metal,
aun proyecta la sombra de su vuelo
el águila bicéfala, imperial.

En tus fraguas se forjan los aceros
que esperan, rojos de inmortal ardor,
las manos de los bárbaros guerreros
que ungirán al futuro Emperador.

Algún oído escuchará la fuerte
palabra, vencedora de la Muerte,
que late en tu silencio sepulcral.

Un sol de gloria fulgirá en el cielo,
y el águila imperial detendrá el vuelo
sobre la aguja de tu Catedral.

XIV

BURGOS

Turbando el eco de tu vieja plaza
con el estruendo del clarín sonoro,
tú me viste partir, bordado en oro
el timbre de tu escudo en mi coraza.

Oíste en el alba de un pasado muerto
de tanta gloria, retemblar la tierra,
al galopar de mi corcel de guerra
todo de sangre hasta los pies cubierto.

Y exclamaron llorosas tus villanas
reteniendo el rendaje:—No prosigas...
¿No oyes doblar por ella las campanas?

Y á la lucha volví, callado y fuerte,
á buscar en las lanzas enemigas
el olvido glorioso de la Muerte.

XV

SALAMANCA

Cuando la sombra de tus venas fluye
en la fragancia musical del viento
crepuscular, huir la vida siento
por los ojos, sin ver adonde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas
obscuras de tus lóbregas callejas,
entre los hilos de leyendas viejas,
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro
de la espada, mi altiva frente agacho
y me descubro al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda
camino, retorciéndome el mostacho,
como el Don Félix que cantó Espronceda.

VII.—SAUDADES DE PORTUGAL

I

COÍMBRA

La Quinta de las Lágrimas... La Fuente
de los Amores, donde Inés de Castro
tras los desnudos piés dejando el rastro
tibio y purpúreo de su sangre ardiente;

el cabello de oro suelto al viento,
por sus fieros verdugos perseguida,
conteniendo la herida y sin aliento,
cerró los ojos y cayó sin vida,

me vió llorar por ti. La luz moría
entre un temblor sonoro de campanas.
Coímbra sus luminarias encendía,

y sonaban confusos y distantes
melancólicos fados de tricanas
y alegres guitarradas de estudiantes.

II

Contigo yo soñé vagar, por estas
calles que me recuerdan mi Granada,
con sus casas antiguas y sus cuevas
y un aire de ciudad desenterrada.

Acaso tras alguna celosía
de esta noble mansión vieja y desierta,
un poeta estudiante lloró un día
viendo entre cirios á su novia muerta.

Y tú fuiste la amada hermosa y pura;
yo el poeta que vió tus palideces
entre blandones, por la reja abierta,

pues esta inmensa pena me asegura
que yo he sido poeta muchas veces
porque más de una vez te lloré muerta.

III

¡ Oh, sereno Mondego, en tus cristales
á la luz de la luna se retrata
la ciudad con sus luces nocturnales
sobre un fondo de álamos de plata!

¡ Legendaria corriente de poesía,
dí si en tu curso misterioso viste
alguna faz más pálida y más triste
y una pena más honda que la mía?

Yo busco tu ribera silenciosa.
para soñar con su visión radiosa
en estas claras noches estivales,

mientras la luna, pálida hilandera,
en su rueca de plata hila ligera
sus ensueños de luz en tus chopales.

IV

GLOSA DE CAMOES.

Catalina de Atayde, por la pena
de tu amante inmortal, por su agonía
¡oye mi voz que trémula resuena
y atiende el ruego de la pena mía!

Si en el etéreo azul tu hermana viste,
os hice hermanas un amor tan fuerte,
dile que vivo tan obscuro y triste
que mi vida no es vida, sino muerte.

Si es verdad que hay un Cielo y hay un Dios,
ir de rodillas á rogar las dos,
¡por la amargura que sentí al perderla,

por todas las tristezas que sufrí,
que tan pronto de aquí me lleve á verla,
cuan pronto á ella se llevó de mí!

V

Los ojos del crepúsculo de estío
bajo las duras cejas de la puente,
reflejaban las brasas del Poniente
sobre el espejo de cristal del río.

Rumor de las campanas vesperales
hizo temblar de conmoción el agua,
y avanzó lentamente la piragua
entre sangrientos bancos de corales.

Apagaba sus fuegos el paisaje...
Yo, tembloroso, musité:—¿Me amas?—
Y hasta la astral blancura de tu traje

ruborizóse repentinamente,
como si te envolvieran en sus llamas
las celosas pupilas del Poniente.

VI

LISBOA

Era un sueño de plata la bahía
al rielar espumoso de la luna,
y en su fondo Lisboa se veía
como encantada bajo una laguna.

Desgarraba el silencio la sirena
de un vapor. En el aire se aspiraba
como el perfume de una vieja pena
en la voz de algún fado. Yo soñaba

apoyado en la borda, contemplando
el hervor de las olas, con la pálida
dulce silueta de la Ausente, cuando

vi las estrellas palpitar tranquilas
sobre las aguas, y sentí la cálida
sensación del mirar de sus pupilas.

VII

Hasta la soledad de mi aposento
bajo el misterio de un luar de plata,
entre aromas de rosas, finge el viento
el rumor de una triste serenata.

¡Guitarra portuguesa, más doliente
que las guitarras de mi Andalucía,
entre tus cuerdas sollozar se siente
como un recuerdo de la pena mía!

Fados que hablan del mar, de marineros
que en vano esperan sus enamoradas
á la luz de los pálidos luceros,

no sé qué inmenso amor os aquerella,
que no puedo escuchar vuestras tonadas
sin recordarla y sin llorar por ella!

VIII

De la tarde á los últimos fulgores
cansado y triste á la ciudad volvía
de dejar el recuerdo de unas flores
sobre la tumba de Manuel Cardia.

La historia del suicida enamorado
que tuvo el noble y generoso empeño,
de antes de ver su ensueño disipado
morir en holocausto de su ensueño,

llenaba el corazón de una secreta
y honda pena... La última violeta
de la tarde empezaba á deshojarse...

Maldije lo cobarde de mi suerte...
¡Odiar la vida y desear la muerte
y no tener valor para matarse!

IX

La nave va á zarpar. Sobre la borda
contemplando el adiós de los pañuelos,
siento una pena intransigente y sorda
que no admite esperanzas ni consuelos.

La lejana ciudad se difumina
en el oro sangrante del Poniente,
y entre el cielo y el mar, sigo inconsciente
el vuelo audaz de algún ave marina.

La luz cierge fugaces claridades,
y la nave es un ave sorprendida
entre el azul de dos eternidades.

El mar me invita abriéndose á mis piés...
¡No me detiene el ansia de la vida
sino el temor á lo que habrá después!

VIII—TERMINUS

I

La luz crepuscular propicia era
para desenterrar viejos amores,
oyendo gorjear los ruiseñores
en la frescura de la Primavera.

De ella impregnada la floresta verde
perfumaba de paz mi pensamiento
con ese olor de rosas que se pierde
en la azulina suavidad del viento.

En la fragancia azul de su mirada
toda su pobre alma perfumada,
me dieron las violetas ojerosas...

Así su vida entera me entregaron
las oscuras pupilas vidriosas
que al beso de la Muerte se cerraron!

II

Es la existencia para mí un recuerdo,
laberinto de pena y de poesía,
donde como un sonámbulo me pierdo
ciego de luz y sordo de armonía.

Solo, mi propia soledad me espanta;
cantando voy y mi canción la nombra...
Soy como un niño que de noche canta
para espantar los miedos de la sombra.

Como un hidalgo místico del Greco,
ante el ensueño y la quimera heroico
y en la mezquina realidad cobarde.

Y pasaré en la vida como un eco
de flauta, por el campo melancólico
bajo la paz dorada de la tarde.

III

En la paz de este bosque taciturno
un obscuro pavor la noche exhala,
y nos roza el presagio, como el ala
agorera de un pájaro nocturno.

Danzan, cual fuegos fátuos, los destellos
del agua entre el ramaje ensombrecido,
y de los lobos el lejano aullido
eriza de pavor nuestros cabellos.

La luz de algún hogar rutila clara,
como remota estrella protectora...
¡Si aún Ella, junto al fuego me esperara

—perfil de castellana de leyendas—
rogando á Dios por los que en esta hora
caminan solos por las negras sendas!

IV

Va cayendo la lluvia cenicienta,
y la ciudad nos dá la sensación
—bajo la mancha gris de la tormenta—
de un capricho de Goya hecho al carbón.

Tiembla de frío el alma del paisaje;
de una campana se deshace el són,
y un pájaro se esponja su plumaje
en los hierros mojados del balcón.

Vaga en la estancia el humo de mi aliento;
llora la lluvia lenta en los cristales
y se deshoja el último rosál,

mientras mi dedo va trazando lento
de su nombre borrosas iniciales
en las turbias tristezas del cristal,

V

Empañando el cristal de las ventanas
siento la lluvia lenta descender
sobre las viejas calles provincianas
humedeciendo el gris atardecer.

El aire pegajoso tiene un frío
y agrio sabor á hierro y á humedad...
¡Todo el plumizo peso de su hastío
desploma el Cielo sobre la ciudad!

Parece que las casas deslucidas
se juntan y se oprimen ateridas...
La lluvia sobre el triste camposanto,

filtrándose en los nichos entreabiertos,
¡qué turbia y vaga sensación de llanto
dará á las cuencas de los ojos muertos!

VI

Como una esponja el alma del paisaje
absorbe todo el gris crepuscular,
y ronco el viento ensaya entre el ramaje
las contracciones del lejano mar.

Las ráfagas de lluvia en los cristales
se estrellan, golpeando con furor,
y un relámpago pinta en los umbrales
desenterrada imagen de mi amor.

Sobre el inmaterial blancor del cuello
flota la tempestad de su cabello
fosforescente en el turbión oscuro.

Dura lo que un ligero parpadeo...
Abro los ojos, y tan sólo veo
el temblor de mi sombra sobre el muro.

VII

Llora la lluvia lenta en los cristales,
y el paisaje se ve confuso y vago
á través de los grises otoñales,
como en el fondo trémulo de un lago.

Yo sueño con la tierra que me espera
para dormir, con la última fragancia
de una desenterrada Primavera
que da aromas de rosas á mi estancia.

Recogimientos del dolor, dispersos
arrullos de palomas, viejos versos
con dulzuras de miel ¿dónde habéis ido?

¡Alma, regresa á tu silencio, y piensa!...
¡La pena de perderla es más intensa
que el orgullo de haberla poseído!

VIII

Encanto fugitivo de la hora...
Llamaradas de sol entre los pinos...
Llanto de sangre que la tarde llora
sobre el polvo y la paz de los caminos.

Empañando la atmósfera serena
el húmedo perfume del paisaje,
y el golpear del hacha que resuena
cual quejido de muerte entre el ramaje.

—¡Si tienes un amor, por él, buen hombre,
atiende el suplicar de este poeta
muerto á la vida en plena juventud!

Y de ese tronco en que grabé su nombre,
ya que tu hacha ni el amor respeta,
sierra las tablas para mi ataúd!

IX—ORACIONES

I

Sobre la tierra una visión tan pura
no contempló jamás pupila humana...
Es la única esperanza del mañana
y eterna como el tiempo es su hermosura.

Sueño que en nuestros párpados perdura,
recuerdo acaso de otra edad lejana...
Ella es al par esposa, madre, hermana...
¡todo lo que es cariño y es ternura!

Cruza por los tumultos de la vida,
el índice en los labios sonrientes,
imponiendo silencio á las pasiones...

Al verla aparecer todo se olvida,
y florece en los labios inconscientes
la flor de las primeras oraciones!

II

Aún vive en su prisión el alma mía
del recuerdo inmortal de tus amores.
Eres tú para mí lo que esas flores
que aun muertas nos perfuman todavía.

Herido de mortal melancolía
vivo, sin esperar tiempos mejores,
á solas ocultando mis dolores
y esperando que acabe esta agonía.

Aún vives en mi triste pensamiento
calmando con tu voz mis hondas penas
y dando alguna tregua á mi tormento.

Y vas á mi existencia tan unida
que te siento correr entre mis venas
como la sangre de mi propia vida!

III

La Luna en el jardín está encantada...
El hilo de la fuente es un diamante
que se pára en los aires un instante
para aromar de luz á la enramada.

Vóz de revelación... En la callada
soledad de la noche alucinante
leve blancor de túnica flotante
estreméce la senda enarenada.

¡Es ella, es ella!... Avanza silenciosa
con su traje de sueño, atravesado
el pecho, como una Dolorosa...

Se desliza á mi lado como una
sombra de luz, y muere en el callado
misterio tembloroso de la Luna.

IV

La paz del triste corazón se aleja
y en la inconsciencia del vivir me pierdo...
El egoísmo humano no me deja
ni aun á solas vivir con tu recuerdo!

¡Renunciar á las glorias de este mundo!
Una casa en el campo, y el olvido
de todo, menos de este amor profundo
que aun cuando muerto está no le he perdido!

¡No te he perdido, no! por que te veo
cuando se queda insomne mi deseo
con tu recuerdo y con la noche á solas,

surgir sobre mis hondas tempestades,
como Cristo en el mar de Tiberiades
serenando el tumulto de las olas.

V

Avanzas por las hondas tempestades
para llegar á mis riberas solas,
cual Cristo sobre el mar de Tiberiades
serenando el tumulto de las olas.

Luminosa á mi encuentro te adelantas
para curar mi corazón enfermo...
Bajo el breve milagro de tus plantas
florecen las arenas de mi yermo.

¿De dónde surges, di? ¿Acaso vienes
de una santa ciudad desconocida?
Con un divino gesto me detienes

y al eco de tu voz todo se calma...
¡Tanta bondad no viene de la Vida
sino del fondó de tu propia alma!

VI

Fantasma que enristeces mis cantares,
yo no sé si me buscas ó te sigo,
mas lo mismo en la tierra que en los mares
donde quiera que voy vienes conmigo.

Sólo me oyen hablar. Dicen las gentes:
—¡Está loco!—y temblando de pavora
se alejan de mi lado, ó sonrientes
se burlan sin piedad de mi locura.

¡En los ferrocarriles contemplando
los paisajes pasar, ó en la celeste
soledad de los mares, conversando

voy siempre con tu sombra, y ya dormido,
siempre mi corazón aún te habla de este
amor que ni en el sueño encuentra olvido!

VII

Yo tuve alguna vez, mas no sé cuándo
ni dónde, una casita, y una amada
que ante la Madre de Jesús rezando
esperaba en la noche mi llegada.

Recuerdo apenas... En la casa había
perfumes de violetas y canciones,
juventud, y cariño y alegría,
¡y entraba mucho sol por los balcones!..

Abrí los ojos, y me hallé despierto
sin amores ni hogar, solo y perdido
en la inmensa planicie del desierto.

Y al despertar, me dije suspirando:
—¿Fué todo realidad ó todo ha sido
una ilusión que me forjé soñando?

VIII

Con un gesto de olímpica escultura
cruzas por las tinieblas de mi vida,
soberbia de silencio y de blancura,
recta de paz y de pudor vestida.

Mostrando con orgullo tu belleza
llegas á mi dolor, altiva y fuerte,
pues sabes que defiende tu pureza
la invisible guadaña de la Muerte.

De tu túnica astral la línea griega
no perturba la humana sacudida,
ni enciende tus mejillas el Deseo.

Y hay en tus ojos la tristeza ciega
de esos desnudos mármoles sin vida
que custodian la paz de un Mausoleo.

IX

De la lámpara el trémulo reflejo
proyectaba en el muro mi silueta,
y evocaba tu imagen en la quieta
superficie encantada del espejo.

Vino una sombra á acariciar mi frente...
Recuerde de una mano que temblando
estreché, no sé dónde ni sé cuándo...
Tal vez el alma de tu mano ausente.

Me acarició un frescor de Primavera,
como si me envolviesen las sombrías
fragancias de tu negra cabellera...

Y cerré las pupilas para verte
en la barquilla de las Tres Marías
llegar hasta mi amor desde la Muerte

X

En un silencio de inquietud te espero,
porque sé que vendrás, aunque no sé
cómo habrás de venir, ni en qué sendero
en este instante temblará tu pié.

Estás muy lejos, pero el alma mía
de tal modo te sabe adivinar,
que entre un coro de Santas te hallaría
á ojos cerrados y sin vacilar.

Nunca te he vuelto á ver, pero presiento
en el aire el perfume de tu aliento,
y en el cielo la luz de tu mirar,

pues sé que eres mi eterna Prometida,
y en la Muerte lo mismo que en la Vida
me esperas coronada de azahar.

XI

Llegas á mí fantástica y derecha
á través de las sombras, como una
visión inmaterial, vestida y hecha
con la plata más pura de la Luna.

Vierte una primavera en el ambiente
tu aliento misterioso si respiras...
Tus piés avanzan armoniosamente,
como á compás de melodiosas liras.

— ¿Cuándo acabará el mar en que me ahogo?—
Curvado ante el Misterio te interrogo...
Se desprenden sin ruido tus cabellos

en un nimbo de plata por tu faz...
Se abren tus labios, y se escapa de ellos
una palabra solamente: —¡Paz!

XII

Dentro del ataúd que avaro encierra
la única amada de mi corazón,
quiero que me trasladen á mi tierra
á enterrarme en su viejo panteón.

Donde reine la sombra más callada
un sepulcro de mármol; sobre él
una cruz, y á la cruz entrelazada
una fresca corona de laurel.

Y este epitafio, en oro cincelado:
—«Si aquí llegas viajero extraviado
la eterna gloria del Amor advierte.

La Muerte á los amantes separó,
pero el Amor más fuerte que la Muerte,
de nuevo para siempre los unió.»—

OPINIONES SOBRE EL POETA

OPINIONES SOBRE EL POETA

FRANCISCO VILLAESPESA

Sus últimos libros, realizando completamente mis esperanzas, asegúranle, mi querido Villaespesa, el primer lugar entre los poetas españoles contemporáneos. Así lo considero y con ello me regocijo y enorgullezco, pues soy por el corazón y por el espíritu, su amigo ferviente y su admirador entusiasta,

EUGENIO DE CASTRO.

Sus libros los leo en voz alta á un ciego, mi más íntimo amigo, Cándido R. Pinilla, que gusta tanto como yo de la poesía de usted. Y esto no sé bien explicármelo, pues si dos cosas se parecen poco, son las poesías de usted, toda vaguedad sentimental y dulzura rítmica, y las más recias, ásperas y acaso un poco rígidas. Paréceme, guardadas diferencias de país y tiempo, que hay entre ellas la diferencia que en la literatura portuguesa entre las de Joao de Deus y las de Herculano. Su poesía es hoy la más poética. Habrá otros poetas más literatos, más elocuentes, más... otras cosas, pero más poetas, no. Y así pienso decirlo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

He devorado ya sus poesías que me dan la plenitud de su asombrosa complejidad, de su divina pluralidad sensitiva. ¡Qué portentoso Villaespesa es el poeta que tenemos; cuanto de él conocía me hacía presentir lo que es, y ante la revelación siento la inmensa alegría de los días mejores. Al llevarme sus libros por esa Europa árida que atravieso para llegar á Varsovia, me llevo lo mejor de nuestra Patria: su poesía inmortal.

SOFÍA CASANOVA.

He leído esos libros muchas veces y seguiré leyéndolos toda mi vida. Comparte, Villaespesa, para mí, el honor de ser leído indefinidamente, con Don Juan Valera y Anatole France. Pocos, muy pocos artistas, resisten esa prueba.

JUAN HÉCTOR.

Sus libros sirven en mi biblioteca, casi toda francesa, para hacerme recordar la armonía de un castellano capaz de adherirse á las más fugaces ideas, sin apesantarlas, como polvo impalpable de oro. Esta es, á mi juicio, la característica de Villaespesa, el saber dominar el ritmo y la forma sin dejarse embatir en ellos, sino al revés, obligándolos, idealizándolos, sensibilizándolos, en maravillosa compenetración con el sentimiento mismo, del cual forman la vibración de su vida, á la vez que le dan la brillantéz fugitiva ó la transparencia ideal de ensueños materializados. En sus frases parece que la idea y la palabra son la misma cosa, el mismo arpegio que vuela sonoro, porque es sonoro el pensamiento. Se llega á la ilusión de creer en la palabra sin palabra. Conmueven por sugestión, como la música, y llevándole á la música la ventaja inmensa de la precisión en las emociones.

FELIPE TRIGO.

Es el artista sumo. Ha engalanado la vieja y castiza forma con todos los atavíos del arte moderno. Veo ahí la iniciación de una poesía nacional con la fusión de los viejos y nuevos elementos, con la gallardía del Romancero y la elegancia del arte moderno. Hay en esos versos supremos, como en una joya de ideal orfebrería, fusiones y engarces de oro antiguo, de coronas imperiales y gemas recién arrancadas á la mina para anillos de bodas futuras. Ese es el arte que yo busco, esa es la poesía del siglo xx.

RICARDO LEÓN.

Eugenio de Castro viste la clámide rosa. D'Annunzio viste la túnica blanca. Villaespesa, su hermano, lleva sobre la toga cándida latina el rojo alquicel de sus abuelos los Emires de Córdoba.

PEDRO DE RÉPIDE.

Francisco Villaespesa, es un artista nervioso y moderno, uno de los más grandes poetas contemporáneos de la raza latina; temperamento fino, vibrante, viviendo en el culto exclusivo del Arte. Villaespesa, siempre armónico, por el contraste rico de impresiones, y aun por el ritmo doliente de sus versos originales, hiere la nota única del sentimiento, sin turbar esa especie de bizantinismo artístico que reviste en sedas y perfumes, el arte refinado que lo coloca entre Rostand y D'Annunzio como uno de los más intensos artistas del siglo nuevo.

D'Annunzio y Eugenio de Castro, nuestro gran artista, tienen en el talento de D. Francisco Villaespesa, muy joven aún, un continuador de su obra maravillosa.

ALFREDO DE GUIMARAES.

Vienes con la única corona que nadie hereda. Tienes esa suprema distinción que no se adquiere. En otro tiempo hubieras sido el dueño del mundo... César hubiera envidiado tus versos, tus gráciles versos, tus hondos sentires, tus exquisitas pasiones... Hubieras dispuesto de la riqueza y del poder, y todos te hubieran admirado.

¡Quién pudiera, poeta, rodear tu hermoso libro de rosas de paz, de flores de dicha, y quién tan feliz que lograra llevar al peregrino á tierras hospitalarias y pródigas!

Mi admiración y mi respeto á ti, hermano, á ti que supiste encerrar en la divina armonía de la palabra, la tristeza de las cosas... ¡Quién fuera tú!

LUIS DE ARMIÑÁN.

Francisco Villaespesa no es sólo nuestro primer poeta, sino el poeta Único. Pontífice de melancolias, toca un clave acariaciado por princesas muertas, y en sus manos largas, blancas, hay un milagro de poesía.

Ha paseado con Anacreonte bajo los plátanos socráticos, ha bebido en las cisternas de Palestina el agua de Purificación, y la Samaritana le ha ofrecido, en la sombra azul de una palmera, sus pechos morenos, aromados de mirra.

Caminó por las tierras de Sol y de Martirio, y en las noches

de Oriente flageló sus carnes en las cuevas eremíticas donde aún resuenan los sollozos de San Jerónimo.

Ahora descansa en una estancia árabe; sobre sus hombros flota un blanco alquicel de seda; el agua gorgoteante en un surtidor de plata le dice historias lejanas de lágrimas olvidadas, le cuenta los amores de Lindaraxa, le murmura las kasidas de lo imposible.

ISAAC MUÑOZ.

Incuestionablemente, la figura de más relieve de la juventud literaria española, es Francisco Villaespesa.

Como entre nosotros Eugenio de Castro, el gentilísimo escritor español emprendió en su tierra el movimiento de renovación del verso y de la prosa; y de lo que de la iniciativa del innovador resultó, lo prueban rutilante y exuberantemente, la obra de los jóvenes que se agruparon en torno suyo, en una falange de verdaderos iluminados.

Delante de poetas de un vuelo tan olímpico, me doy cuenta de la excelsa gracia de aquella maravillosa Margarita que posó su regio labio nacarado en la boca sin perfume del viejo y feo Chartier, adormecido, prefiriéndola á la de los esbeltos pajes asistentes, sólo porque de boca tal habían salido tantas palabras de oro. Delante de un poeta como Villaespesa, comprendo yo en todo su valor el bello gesto de la peregrina princesa de Escocia.

JULIO DE LEMOS.

Hace tiempo, euando yo no conocía casi á Villaespesa, dije de él que era el mejor poeta de la juventud. Escudado en esta afirmación, hoy, que conozco bien su obra, me atrevo á decir que es el mejor de los poetas que en España viven y producen.

FRANCISCO CAMBA.

Es el Maestro entre los poetas jóvenes. Sabe del Arte y sabe del amor, y sus versos armoniosos evocan imágenes de aris-

toerática belleza. Sus peregrinas rimas son gratas al oído como una melodía. Cincela sus estrofas como un orfebre del Renacimiento cincelaba las sagradas copas.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

Villaespesa es un joven pálido, litúrgicamente afeitado; tiene los ojos un poco miopes, inquisitivos; lleva una de esas inquietadoras melenas que tanto irritan á los señores de provincia. Yo no sé cuántas mujeres me han recitado las inolvidables estrofas de sus primeros años de soñador y de artista. Llenas están las revistas de estudios acerca de su personalidad literaria, la primera entre los líricos españoles contemporáneos; llenos los periódicos de artículos encomiásticos... Es, pues, un poeta—quiero decir un gran poeta.

JUAN PUJOL.

Amparándome en la sombra del manto de tristezas que ha tendido sobre mi corazón la lectura de *Viaje Sentimental*, me atrevo á decir que me parece un poema bellísimo, y que ha dejado en mi alma toda la luz y todo el perfume de todas las estrellas del Cielo y de todas las flores de la Tierra.

DULCE MARÍA BORRERO.

¡Juventud! ¡Amor! ¡Villaespesa! Tres palabras y una misma poesía.

MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ.

Su poesía es voz de flauta, es voz de ruiseñor, es musitar de fuentes, todo bajo la Luna. La poesía, una y eterna, se expresa por usted, y es usted poeta hermano de todos los grandes poetas.

ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA.

He leído el magnífico *Viaje Sentimental*. Estoy temblando todavía de la emoción que despertó en mi alma.

POMPEYO CREHUET.

En *Viaje Sentimental* hay sonetos preciosos de un estro perturbante y que revelan uno de los mayores poetas amorosos de nuestra raza.

FIALHO D'ALMEIDA.

Francisco Villaespesa, como el divino Leonardo De Vinci, graba su laúd de plata sólo. Su estética y su estilo son personales.

MARCO ANTONIO DOLZ.

Villaespesa ha oído todas las músicas y todas las sabe. Vibran las cuerdas de su alma con las brisas del silencio ó con la palidez de la Luna. ¡Oh, poeta modernista! Tu libro tiene aún el olor al papel húmedo que sale de las prensas, y yo pienso que ya eres de los inmortales, noble, dulce y bueno, D. Francisco Villaespesa, rey de la poesía de las cosas y señor de lo triste!

R. NEGRET.

Sus dos geniales libros, recién alumbrados, son como dos alas gloriosas que han subido al príncipe de nuestros poetas á la codiciada cumbre del Parnaso castellano. Francisco Villaespesa es, quizá, el único artista que ha visto creada su escuela apenas entrado en la juventud, cuando muchos ilustres merodean por los ajenos graneros literarios para mentir cosechas que nunca sembraron.

GABRIEL MIRÓ.

No es un sugestionado por la evolución decadentista, de la cual ha tomado tan solo la libertad, sin caer en las exageraciones ni adoptar sus pragmáticas. Es un espíritu sencillo y triste, parecido en su estructura al de Giovanni Pascoli, sin ser erudito en los poemas como éste. Como el gran poeta italiano quizá el más grande de la Italia contemporánea, gusta los paisajes labriegos y los temas rústicos. La moza revive con su cántaro y el gañán que va camino de la aldea en el silencio de la tarde estival, recupera en sus escritos el antiguo encanto como

agua que vuelve á brotar de una vieja fuente tapada por el musgo.

ALBERTO GERCHUNOFF.

Pero Villaespesa, acaso por intencionada selección, acaso por poseer un temperamento muy á propósito, se ha librado del influjo dañino de todas las sirenas, ha cristalizado en el Vencedor, en el Poeta. El Villaespesa actual es definitivo, el único poeta español definitivo.

BUSTO TAVERA.

Villaespesa poeta es un panida. En los viejos bosques de la Arcadia persiguió, de seguro, los rosados talones de las ninfas con alas en los cascos, clavando en la carrera las rítmicas saetas de su caramillo en el tupido velo de las frondas. En las venas de su musa hay sangre; fuego en sus ojos, exuberancia en sus cabellos, cálida ondulación en su cadera. Con la pluma en la mano se le acrecienta el engaño. Entonces el cálamo se se le antoja churumbela; Eros le acosa el sentido, y es cada idea un ósculo y cada frase arrulla, y cada melolía se echa á volar sobre las alas del éxtasis. Luego, su canto se pone á traducir el alba en rimas y á pintar con la palabra el crepúsculo y el arroyo que pasa silabeando misterios, y la gruta de la selva, y la luz, y los estremecimientos todos de la vida.

SANTIAGO ARGÜELLO.

¿Quién no conoce ya en América su verso? Delicado, penetrante, oloroso, es un verso de madrigal y de elegía. Pero si este poeta lo es de verdad en su verso, más aún, si cabe, lo es en su vida. Es un enemigo declarado, naturalmente, de todo lo que trasciende á Academia ó Ateneo: piensa que los pájaros no tienen Academias ni Ateneos, y, sin embargo, cantan, y él canta tan bien, canta su propia vida, sus añoranzas de la hermana, sus amoríos andaluces, sus visiones moriscas, sus impresiones lusitanas, y prepara un gran libro definitivo que ha de alcanzar un éxito en todos los países del habla: el *Viaje Sentimental*.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Villasespa afirma su personalidad en este último de sus libros. El cisne de Lohengrin, sobre el cual boga el poeta, le lleva sin vacilaciones, hacia el puerto donde el pendón de las Revelaciones tiende al viento el tisú milagroso de sus pliegues. Con razón es hoy tenido Villasespa por el primer poeta de España. Es de aquellos poetas que acordes en la expresión y el pensamiento, saben utilizar la forma y darle plasticidad al fondo, poniendo á la vez sobre la frase centelleante una como diáfana bruma, que, suavizando los contornos sin defraudar belleza al conjunto, hace de éste un todo de hermosura que penetra derecho al corazón.

A. QUILJANO TORRES.

Hay en mis manos un libro de versos; tienen sus páginas la serena adustez de los infolios amarillentos en que una mano mística disecó flores y un corazón doliente entonó salmos al eterno dolor. Hay en sus estrofas cinceladas la quietud del silencioso y secreto remanso que lleva en su enigmática superficie pétalos mustios y hojas arrugadas por el hielo de las brisas nocturnas. Sus frases, sobrias como versículos proféticos, tienen la majestad de las cosas magnas y sublimes, atropelladas por la inconsciencia brutal del destino. En ellas parece sonar el golpe del hacha que hiende los pinos solitarios; el aullido quejumbroso y lejano de lobos de piel erizada que husmean famélicos una presa; el rumor casi imperceptible del gusano que roe la tabla de un polvoriento y desvencijado ataúd; el crepitar de las llamas voraces que consumen á un tiempo mismo carnes atormentadas y añosos y retorcidos sarmientos. Son versos inspirados, tersos, incomparables, en que late una angustia infinita. Su autor es Francisco Villasespa. He sentido deseos de estrechar en mis brazos al poeta altísimo en cuyos salmos maravillosos vibra el lamento dolorido de Leopardi, y de gritarle: — ¡Sabe, oh genio, que en el mundo la amistad no es mentira; que aún puedes encontrar en las sombras que te rodean regueros de luz! ¡Levántate, vive, aún tienes en tus manos la copa rebosante; tu espada no está rota, aún pende victoriosa de tu tahalí; por las frondas ha pasado un soplo refrigerante, una claridad tenue comienza á re-

fejarse en las aguas dormidas. El alba se acerca: ¡despierta y ama!

ANTONIO ZOZAYA.

He leído en el alma de un gran poeta, y he comprendido nuevamente, la eficacia de la sensibilidad en el Arte. Porque yo concibo á un artista susceptible y sutil, más inclinado á escudriñar todo, que á cubrirlo con el manto de la indiferencia; enamorado eterno de sus alegrías y de sus tristezas—caudales de inspiración—que, siendo de la Humanidad, él las hace suyas y las exalta y las glorifica. Y así concibo á Francisco Villaespesa, el más emotivo y exaltador de nuestros poetas contemporáneos, á pesar de la opinión de Darío.

Villaespesa es el Gainsborough de la poesía hispana. Tiene como el ilustre pintor inglés un gran amor al detalle, pero le supera en cuanto al efecto del colorido. ¡Qué paleta de maravilla! ¡Qué prodigalidad y qué vigor descriptivo en este poeta enamorado de las cosas de la Naturaleza, á cuyo contacto vive acariciando su ideal estético! ¡Qué precisión en el relato de sus impresiones, agobiadas de suave tristeza!

M. PÉREZ Y CURIS.

Todo el renacimiento español, mirando sólo á su manifestación poética, es casi obra exclusiva de Villaespesa. Él es el ánima vivificadora de la poesía española; el artista entusiasta que no descansa nunca su entusiasmo; el magnetizador que no goza de la conquista, sino del sueño que conquista.

BIAGIO CHIARA.

¿Qué he de decir de *Viaje Sentimental*? Que yo lo he sentido una y mil veces; que eso es la poesía, la verdadera poesía, la eterna, la insuperable. Que todo hombre de corazón que se haya sentido alguna vez á llorar sobre sus propias ruinas, que haya sentido desangrar el suyo por las heridas de lo Irreparable, comprende y vive tales estrofas, y que si no puede expresar así lo infinito de la soledad de un alma viuda, como no lo puedo expresar yo, es porque nosotros no somos Villaespe-

sa, porque no se nos ha otorgado el don de lo alto, *mens divini-*
nior, que evapora del espíritu la etérea y maravillosa esencia
y enseña á cincelar, al propio tiempo, el vaso precioso que ha
de guardarla. La escena que traza en el Soneto IX es un cua-
dro incomparable de delicadeza y de verdad; es todo un poe-
ma, una síntesis desgarradora del más cruel de los misterios
de nuestro destino. Me ha hecho daño; me ha abierto heridas
mal cicatrizadas. Yo también he hecho la melancólica pere-
grinación del regreso al valle del Pasado, también he vuelto
atrás, pisada por pisada, recogiendo reliquias, y repensando
escenas de una felicidad que naufragó... ¡Dios mío, qué poeta,
qué poeta tan grande es este Villaespesa!

CARLOS ARTURO TORRES.

En el grupo de Medina, Rueda, Jiménez, Díaz Canedo, etcé-
tera, debemos buscar la figura genial más precisa, Francisco
Villaespesa, representante, el más genuino de la actual lírica
castellana, del común sentir de los pueblos coetáneos. Y men-
ciono en forma tal á Villaespesa porque bien puede concedér-
sele por su alma comprensiva, su refinamiento excepcional,
su emotividad insuperada entre sus compatriotas, el primer
lugar de la lírica española del día.

Villaespesa ha logrado arrancar al sonoro plectro las más
encantadoras notas de amor, de tristeza y de melancolía. Sería
muy difícil hallar en su labor poética, tan vasta, uno solo de
esos arranques que se llaman *lirismos* y que en la poesía espa-
ñola significan hinchazón fría ó afectada grandeza.

Respecto al tono definitivo que había de ostentar la lírica
castellana, ha de anticiparse que no debe el crítico severo
mostrar sus preferencias personales, y en achaques de vaticinio
no ha de anunciarse lo que más halaga al propio senti-
miento, sino lo que la observación, el estudio y la lógica, de
consuno, parecen dictar. De esta suerte y en este caso, las
preferencias personales de quien esto escribe, concuerdan
con la deducción; parece ser que la orientación futura será
aquella que traza Villaespesa, acorde en grado sumo con los
gustos actuales de las letras cosmopolitas.

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Gran primor de expresión, tierna y sincera poesía, vaguedad insinuante, múltiples matices en que se reflejan y traducen los cambiantes ó infinitos matices de un espíritu melancólico y delicado. Todo eso veo yo en su libro.

JULIO BURELL.

Libro de supremas melancolías turbadoras, libro de dolor y de muerte. La Musa vaga como Ofelia, muy despacio, envuelta entre albos velos, coronada de rosas blancas; y su canto es una elejía musical, infinita, suave, lánguida, con modulaciones de flauta y sollozos de violoncelo. No ama: recuerda. No vive: sueña. Villaespesa ama el otoño, los crepúsculos y la pálida luna, y ha sabido cantar con acentos inolvidables, cementerios y templos ruinosos, inviernos, antiguas casas abandonadas, aldeas desiertas, amarguras y mudos infortunios. Con este libro, Villaespesa se ha coronado gran poeta. Entre los poetas españoles ninguno le supera.

¡Salve, vate!

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Mi opinión no tendría autoridad; mi impresión, con tener sinceridad, es lo bastante. Un poeta puede hacer el experimento de sus versos haciendo que influyan en sistemas nerviosos enfriados. ¿Qué más da el intento de medir la sensibilidad con corrientes eléctricas ó con corrientes estéticas?

No soy viejo, pero he dejado ya la altura y voy bajando la pendiente. Me he semetido á la influencia de muchas frialdades... Hace muchos años que leo prosa, y prosa analítica. En estas condiciones, y por corresponder á su atención, empecé á leer.

Al principio sentía la sonoridad únicamente. Seguí leyendo y me creía caduco enteramente para las impresiones poéticas. Llegué al *paisaje* y se me despertó la realidad de las llanuras manchegas. El *Alma Andaluza*, me produjo una intensa vibración.

Ensueño, Pereza, Deseo, Alegría. ¡Toda el alma loca de mi Andalucía!

Cuando los poetas llegan á condensar, son más que psicólogos.

Me detuve después de leer el *Miserere*. Su corriente había llegado al corazón y me produjo angustia dolorosa. La corté, cerré el libro para seguir cuando estuviese repuesto.

RAFAEL SALILLAS.

A Villaespesa le juzgo el primer poeta contemporáneo, pues á la riqueza y abundancia de un Zorrilla reúne el sentimiento de un Bécquer y hasta las complicaciones de un Rubén Darío.

LUIS RUIZ CONTRERAS.

Poeta que siente y logra transmitir lo que siente, como Villaespesa, ha de pasar, y pasará, más allá de su siglo.

Yo lo he leído, velando á enfermos que me son caros, tengo la íntima convicción de que ese libro de pequeñas dimensiones, flotará y se salvará del naufragio de la literatura actual.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

Amo de atrás sus versos. Se avienen mejor que los de nadie con mis sentimientos y mis gustos. Y también con mis intentos y mi modo de ver y entender la poesía.

Me han invadido el alma los de ahora.

Así deseé yo hacerlos cuando andaba por aquellos caminos.

ALFREDO VICENTI.

INDICE

ÍNDICE

	Páginas
ELOGIOS DEL POETA, por VARGAS VILA.	7
Á VILLAESPESA, de JULIO FLOREZ.	15
OFRENDA	17
Los que visteis salir por vuestra puerta	19
I—LA CANCIÓN DEL REGRESO	21
Buscando á mi dolor algún alivio	23
Entre el clamor del vespéral concierto	24
Y leer otra vez versos sinceros	25
Un poco de reposo el alma anhela.	26
A veces entre el verde de la vega	27
Otra vez en tu tierra, ¡peregrino!	28
¡Oh, morisco Andarax, donde he nacido,	29
Una flauta suspira en la distancia	30
Ascender por las ásperas pendientes.	31
II—LA CANCIÓN DEL RECUERDO	33
Igual que en un sepulcro me he encerrado	35
El alba iluminó la vidriera,	36
Y su voz se esparció como un aroma	37
Ante la Virgen que adorabas tanto,	38

	<u>Páginas.</u>
La gente de la casa sollozaba	39
—¿Eres tú el Justo que á los justos premia?—	40
Al cortar sus cabellos agitados	41
Yo te he deshecho ¡oh, muerta cabellera,	42
Aquí el sillón donde bordar solía	43
En la penumbra se destaca el lecho	44
Visión que cruzas por mis sueños, dime:	45
¿Qué encanto tiene esa lejana estrella,	46
Todas las noches á la cita vienes	47
 III—LAS ELEGÍAS DE LA CASA	 49
¡Oh! vieja estancia familiar, tan triste,	51
Horas de soledad. Por la ventana	52
Sientó un leve rumor sobre la alfombra	53
Me apoyo en el aifeizar, sollozante	54
En la quietud de la calleja obscura	55
¡Oh, muda obscuridad de mi aposento,	56
Al despertar sobre este mismo lecho,	57
¡Todo se halla lo mismo! La almohada	58
La hora nocturna tu perfume siente.	59
 IV—ELEGÍAS CAMPESTRES	 61
Mano que me ofreció la eucaristía	63
Penetro en el jardín abandonado,	64
Aquí fuimos felices. Aquí he oído	65
El palpitir sonoro de la fuente	66
Al vetusto molino sombra presta	67
El blanco polvoriento del camino	68
Entre rumor de besos y de risas	69

	Páginas.
En el Oriente ya reina la noche.	70
Un alegre rumor de romería	71
La matraca en lo alto de la torre	72
Todos se fueron á la Nochebuena,	73
Quiero morir, besando tu recuerdo,	74
Entre las pompas del jardín florido	75
En la serenidad de esta tristeza	76
Al mirarme pasar tan solo y triste	77
La lámpara parece que está triste.	78
¡Campanero del pueblo, campanero	79
V—LAS VISIONES	81
En la alta torre del dolor cautivo	83
En las horas del sentimentalismo,	84
Pasó por mis ensueños como pasa	85
El índice en el labio, tan ligera	86
Al sentirme tan solo en el seguro	87
Alguien le dijo al corazón—¡Despierta!	88
Sobre un mar de recuerdos se levanta.	89
Algo le dijo al corazón.... <—Espera.	90
—¡Va á llegar!—insistente lo asegura	91
En todos los crepúsculos te veo	92
La vida para mí perdió su encanto.	93
VI—POR TIERRAS DE SOL Y DE SANGRE	95
Buscando en la inquietud de los viajes	97
En férreas contracciones de serpiente	98
Frescura matutina del paisaje...	99
Mientras la fuente su canción moruna	100
El alba cife las primeras rosas	101

	<u>Páginas.</u>
ALMERÍA	
En el espejo de tu mar tranquila	102
GRANADA	
Bajo el sopor canicular se enerva	103
EL ALBAICÍN	
Con pereza oriental en la colina	104
GENERALIFE	
En las aristas de las altas cumbres	105
CÓRDOBA	
En el sopor canicular dormita.	106
Abajo la ciudad dormida queda...	107
MULEY-HACEM	
Hice de tanto orgullo una armadura	108
TOLEDO	
Vieja ciudad de hierro, por tu cielo	109
BURGOS	
Turbando el eco de tu vieja plaza	110
SALAMANCA	
Cuando la sombra de tus venas fluye	111
VII—SAUDADES DE PORTUGAL	113
COÍMBRA	
La Quinta de las Lágrimas... La fuente	115
Contigo yo soñé vagar, por estas	116
Oh, sereno Mondego, en tus cristales	117
GLOSA DE CAMOES	
Catalina de Ataíde, por la pena	118
Los ojos del crepúsculo de estío	119
LISBOA	
Era un sueño de plata la bahía	120
Hasta la soledad de mi aposento	121

	<u>Páginas.</u>
De la tarde á los últimos fulgores	132
La nave va á zarpar. Sobre la borda	123
VIII—TÉRMINUS	125
La luz crepuscular propicia era	127
Es la existencia para mí un recuerdo,	128
En la paz de este bosque taciturno	129
Va cayendo la lluvia cenicienta,	130
Empañando el cristal de las ventanas	131
Como una esponja el alma del paisaje	132
Llora la lluvia lenta en los cristales,	133
Encanto fugitivo de la hora...	134
ORACIONES	135
Sobre la tierra una visión tan pura	137
Aún vive en su prisión el alma mía	138
La luna en el jardín está encantada	139
La paz del triste corazón se aleja	140
Avanzas por las hondas tempestades	141
Fantasma que entristeces mis cantares	142
Yo tuve alguna vez, mas no se cuando	143
Con un gesto de olímpica escultura	144
De la lámpara el trémulo reflejo	145
En un silencio de inquietud te espero	146
Llegas á mí fantástica y derecha	147
Dentro del ataúd que avaro encierra	148
JUICIO SOBRE EL POETA FRANCISCO VILLAESPEA	149
ÍNDICE	165

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
31 DE AGOSTO DE 1909

LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO RO-
MANOS, 10
MADRID

港



BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

Á TRES PESETAS EL VOLUMEN

Pedro de Répide.—La enamorada indiscreta ó el peligro en la verdad.—Agua en cestillo.—No hay fuerza contra el amor (novelas ejemplares escritas al antiguo uso), un vol.

Rafael López de Haro.—Dominadoras (novela realista), un volumen.

— El salto de la novia (novela pasional), un volumen.

— Batalla de odios (novela), un volumen.

— Floración.—Del amor y del pudor (novela), un volumen.

Antonio Machado.—Soledades.—Galerías.—Otros poemas (poesías) un volumen.

Salvador Rueda.—La Cópula (novela-poema), un volumen.

Augusto Martínez Olmedilla.—La caída de la mujer (novelas eróticas), un volumen.

— Memorias de un afrancesado (relatos histórico-novelescos), un volumen.

— El tormento de Sísifo (novela), un volumen.

- Emiliano Ramirez Angel.**—Cabalgata de horas (prosas), un volumen.
- Tulio M. Cestero.**—Sangre de primavera (poemas en prosa, teatro para leer é impresiones de viaje), un volumen.
- Álvaro Armando Vasseur.**—El memorial (prosas y relatos), un volumen.
- Abel Botelho.**—El Barón de Lavos (novela psicofisiológica), traducción de Felipe Trigo, dos volúmenes.
- Francisco Villaespesa.**—Viaje sentimental (poesías), un vol.
- Eduardo Barriobero.**—Syncerasto el Parásito (novela arqueológica), un volumen.
- Emilio Carrére.**—El caballero de la muerte (poesías), un volumen.
- Isaac Muñoz.**—La fiesta de la sangre (novela mogrebina), un volumen.
- Fernando Mora.**—Venus rebelde (novela), un volumen.
- Mario Roso de Luna.**—Hacia la Gnosis.—Ciencia y Teosofía un volumen

COLECCIÓN ANFORA

Obras modernas en prosa y verso de autores
españoles é hispano-americanos

Á DOS PESETAS EL VOLUMEN

Domíngano Estrada.— ¡Libertad!... novela Argentina, un volumen.

Luis Tablanca.—Cuentos sencillos, un volumen.

Felipe Trigo.—Cuentos ingenuos, un volumen.

Luis C. López. Posturas difíciles (poesías) un volumen.

Dorlo de Gadex.—Lolita Acuña (novela erótica), un volumen.

Carlos Venero.—Amor de verano (novela), un volumen.

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

